

Condiciones para una justicia regenerativa

Empatía y misericordia en Venezuela

Pedro Trigo, s.j.*



800 NOTICIAS

La justicia pasa por regenerar a los agresores para que una vez rehabilitados no siga la espiral de violencia. Es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma

Este proceso de rehabilitación integral tan necesario y urgente en nuestro país, del que hace mención nuestro editorial, es lo que llama Pablo *justificación*, que no significa que Dios declara justo al que es culpable, no tomando en cuenta su pecado, es decir que justifica a lo injustificable, ya que un Dios así sería injusto, sino que el perdón de Dios, ciertamente gratuito, recibido por el pecador, tiene la virtualidad de hacer justo al que es culpable, transformándolo por dentro, obviamente si el culpable lo acepta y se deja transformar por su amor.

Como se ve, la propuesta cristiana tiene dos facetas: ante todo el perdón gratuito. El otro no lo merece ni lo va a merecer. Dios, por tanto, se adelanta a perdonar al que no lo merece. Pero el que reconoce esta merced y la acepta, mete en su corazón esta misericordia divina y ella lo trabaja, transformándolo. Entonces, y solo entonces, la persona está en condiciones de hacer-

se cargo de lo que ha hecho y, al responsabilizarse de ello, es capaz de ofrecer una satisfacción al ofendido.

Ahora bien ¿qué puede poner en marcha esta dinámica? ¿Qué móvil puede tener uno para no vengarse, sino buscar la rehabilitación del que lo ha ofendido? Un móvil puede ser, al menos en teoría, el realismo. En efecto, refiriéndonos a nuestra situación específica venezolana, tenemos que convenir que a mí me conviene que el agresor se rehabilite para que ya no sea en adelante una amenaza para mí. Porque, si meramente paga su condena, pero sigue igual, cuando la pague, puede considerarse a su vez ofendido y buscar, a su vez, una venganza, con lo que se instaura una espiral de violencia que nos devorará a todos. Esto es verdad, ha sucedido y, viéndolo en frío, nadie negará que es razonable. Pero, cuando el ofendido está poseído por sentimientos negativos, es muy difícil que se abra a la realidad.

Por eso, el cristianismo propone que el ofendido reconozca que la ofensa lo ha dañado también a él y que también él tiene que rehabilitarse, echando fuera de sí esos sentimientos negativos que lo dañan, para ver la realidad y formar parte de la solución y no del problema. Si una agresión, sea la que sea, solo daña nuestra integridad física o nuestras pertenencias, nos afecta, ciertamente, pero no atenta contra nuestra humanidad, que es lo más sagrado que tenemos, nuestro tesoro, que nadie nos puede quitar, si nosotros no consentimos. Pero si la agresión no solo nos afecta, sino que nos influye, llevándonos a obrar reactivamente, nos ponemos en el mismo plano del agresor, ya que queremos y buscamos su mal. Y al consentirlo, nos hacemos malos. Si no lo reconocemos, es que nos hemos entregado a esas fuerzas del mal que impregnan el ambiente. Por eso tenemos que reconocer que se nos ha metido el mal y que tenemos que sacarlo. Y que para eso tenemos que vencer al mal a fuerza de bien. Y que no pocas veces no tenemos fuerzas para hacerlo y tenemos que ser ayudados.

No solo pues, tienen que ser ayudados los agresores, sino también, en una medida mayor o menor, los agredidos.

RECIBIR MISERICORDIA PARA HACER MISERICORDIA

Por eso, la propuesta cristiana de fondo consiste en recibir la misericordia de Dios y abrirse completamente a ella, de manera que nada en uno quede intocado, que todo se vaya transformando por esta misericordia recibida, de tal manera que ella se convierta en el principio de nuestro obrar.

El presupuesto de esta propuesta es que Dios es únicamente amor, amor infinito, pero solo amor, y todo lo demás en él no es sino un armónico del amor. Por ejemplo, la justicia. Noso-

Frases del papa Francisco

“Cada hombre y cada mujer que asume responsabilidades de gobierno debe hacerse estas dos preguntas: ¿yo amo a mi pueblo para servirle mejor? ¿Y soy humilde para oír las opiniones de los demás a fin de elegir el mejor camino?”. Si ellos –subrayó el Pontífice– “no se hacen estas preguntas, su gobierno no será bueno”.

Septiembre de 2013.

“Yo espero vivamente que cesen lo antes posible las violencias y las hostilidades y que todo el pueblo venezolano, comenzando por los responsables políticos e institucionales, se movilicen para favorecer la reconciliación nacional”.

Febrero de 2014.

“Esta reconciliación nacional debe hacerse a través del perdón recíproco y de un diálogo sincero, respetuoso de la verdad y de la justicia, capaz de enfrentar los temas concretos para el bien común”.

Febrero de 2014.

tros, cuando hay Estado de derecho, cosa que echamos hoy tanto de menos, administramos la justicia haciendo que sobre el infractor caiga todo el peso de la ley y tenga que pagar una multa o vaya a la cárcel. No se trata de vengarse, sino del peso –en cierto modo impersonal– de la ley. Pues bien, Dios, no puede hacer justicia así. Como es únicamente amor, no puede imponerse a nadie a la fuerza, no puede ponerlo preso, ni forzarlo a nada contra su voluntad, meterlo en la cárcel ni, mucho menos, matar a nadie; en ese caso el Creador sería descreador: se negaría a sí mismo. Dios no desaprueba la justicia humana: es lo menos malo que hemos inventado y por eso está en contra de los que no practican la justicia. Dios es ciertamente justo; pero, insistámoslo, la justicia es un armónico de su amor. Por eso hemos sostenido que la justicia en Dios es regenerativa.

Porque es solo amor tendríamos que decir que lo primero en él no es tampoco la misericordia. Es la *simpatía*. Por ella se compenetra con nosotros: con-siente y aun con-siste con nosotros. Pone su corazón en nosotros con amor. Cuando ve en nosotros miseria, esa simpatía se convierte en misericordia. Por eso la misericordia divina se ejerce, sobre todo, con los pobres y con los pecadores. Ahora bien, todos lo somos en alguna medida.

Si lo primero fuera la misericordia, solo vería negatividad en nosotros y, por tanto, nos vería de arriba abajo. Esa mirada no nos hace bien, ya que nos rebaja. Es preferible no recibir ese bien, dado por lástima, que recibirlo, recibiendo también ese desprecio, ya que hace más daño el desprecio que el bien específico recibido. Es propio de personas dignas rehusar ese modo de dádiva, aunque permanezcan en su miseria. Y es indigno de personas dignas dar algo a alguien haciéndole sentir su inferioridad. El que da así no sabe que la dignidad de cada persona es inamisible: haga lo que haga no se puede perder; mucho menos se deja de tener por no tener medios de vida, muchas veces inculpablemente.

DIOS SE PONE AL LADO DE LAS VÍCTIMAS

Dios tiene misericordia de nosotros, pone su corazón en nosotros, que tenemos miserias físicas o morales, porque nos quiere. Por eso dice a los pobres que los quiere, como a las niñas de sus ojos (Dt 32,10; Sal 17,8) o que nos tiene tatuados en las palmas de sus manos (Is 49,16), grabados como un sello en los brazos y en el corazón (Cant 8,6). Como dice la parábola de la mujer que barre la casa para buscar la moneda que se le había perdido, el pecador es para él no digno de lástima, sino valioso. En concreto a él le duele ver a personas, a hijas e hijos suyos, que han sufrido secuestro, vacuna o muerte o robo a mano armada, o hurto de algo valioso para ellas o, simplemente, carencia prolongada, incluso habitual, de lo necesario para vivir, incluso de medicinas imprescindibles para reparar la salud, o soledad, o sobrecarga familiar que las lleva a la extenuación.

¿Qué les pide a esas personas? Que crean que no están solas. Que Papadios las acompaña con

entrañas de madre, que él les quiere dar su compañía, que se brinda a ser su compañero estable, con quien pueden desahogarse y comentar todo lo que las agobia y recibir su paz y su fuerza. Les dice que, si creen en él, no están desvalidas porque reciben su amor, que es la fuente de la vida e incluso de la alegría, que puede coexistir con los dolores más acerbos. Les dice que no se preocupen: que están en sus manos. Y que, por eso, reserven todas sus energías en ocuparse de lo que conduce a la vida de ellos y de los demás, y así todo les saldrá mejor.

Le duele más, si se han dejado llevar por la frustración, el odio y los deseos de venganza. Le duele más porque sabe que eso no les hace bien a ellos: les daña y les quita la libertad ya que es un sentir reactivo y él quiere que nuestra vida salga de nosotros mismos, de lo más genuino de nosotros, que es el amor que él pone en nuestros corazones con su relación constante. Por eso les recuerda que son hijos de amor, no solo el de sus papás y tantos otros seres queridos, sino, desde antes y constantemente, de su amor, que los pone en la existencia y les da la libertad de obrar desde sí mismos, desde lo más genuino de sí: desde el amor recibido. Les dice que comprende su dolor, pero que no quiere que se dejen vencer por el mal recibido, porque lo que él tiene como regalo para ellos como su don más exquisito es que venzan al mal a fuerza de bien. Así serán hijas e hijos de Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos y envía la lluvia sobre justos y pecadores, no porque sea indiferente a lo que hacemos, sino porque quiere ratificar a los buenos lo bueno que es él y vencer a los malos a fuerza de bien.

Dios siempre se pone al lado de las víctimas. Pero no quiere que se reduzcan a su condición de víctimas, sino que vivan siempre desde su



RESISTENCIA V58



YO SOY VENEZOLANO

condición de hijos suyos. Como lo hizo de modo eximio su Hijo único y eterno Jesús: precisamente en la cruz culminó su condición de Hijo y Hermano cuando sentía el abandono de su Padre y que sus amigos lo habían dejado solo y que moría a merced de sus enemigos como un fracasado. Precisamente entonces murió arrojándose en los brazos de su Padre, que no palpaba, y llevándonos en su corazón y pidiendo perdón por los que lo asesinaban. Así y no menos quiere que seamos nosotros. Y para habilitarnos derramó sobre cada ser humano a su propio Espíritu. Nadie puede tomar esta actitud con sus propias fuerzas; pero nadie puede alegar que no tiene fuerzas, porque en todos alienta su Espíritu. Sí puede no sentirlo, pero sí puede también contar con él, con su impulso trascendente, ya que, siendo el Espíritu de Dios, no es una fuerza de este mundo.

DIOS BUSCA LA REHABILITACIÓN DE LOS VICTIMARIOS

Pero tampoco da por perdidos a los victimarios. A ellos dedica patéticamente dos largos párrafos el Papa en su llamado a la penitencia al promulgar el año santo de la misericordia:

Mi invitación a la conversión se dirige con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta en la vida. Pienso de modo particular en los hombres y mujeres que pertenecen a algún grupo criminal, cualquiera que éste sea. Por vuestro bien, os pido cambiar de vida. Os lo pido en el nombre del Hijo de Dios, que si bien combate el pecado nunca rechaza a ningún pecador. No caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad. Es sólo una ilusión. No llevamos el dinero con nosotros al más allá. El dinero no nos da la verdadera felicidad. La violencia usada para amasar fortunas teñidas de sangre no convierte a nadie en poderoso ni inmortal. Para todos, tarde o temprano, llega el juicio de Dios, al cual ninguno puede escapar.

Que la misma llamada llegue también a todas las personas promotoras o cómplices de corrupción. Esta llaga putrefacta de la sociedad es un grave pecado que clama al cielo pues mina desde sus fundamentos la vida personal y social. La corrupción impide mirar el futuro con esperanza, porque con su prepotencia y avidez destruye los proyectos de los débiles y oprime a los más pobres. Es un mal que se anida en gestos cotidianos para expandirse luego en escándalos públicos. La corrupción es una obstinación en el pecado, que pretende sustituir a Dios con la ilusión del dinero como forma de poder. Es una obra de las tinieblas, sostenida por la sospecha y la intriga. *Corruptio optimi*

pessima, decía con razón san Gregorio Magno, para indicar que ninguno puede sentirse inmune a esta tentación. Para erradicarla de la vida personal y social son necesarias prudencia, vigilancia, lealtad, transparencia, unidas al coraje de la denuncia. Si no se la combate abiertamente, tarde o temprano busca cómplices y destruye la existencia.

¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Ante el mal cometido, incluso crímenes graves, es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma. Permanecer en el camino del mal es sólo fuente de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto. Dios no se cansa de tender la mano. Está dispuesto a escuchar, y también yo lo estoy, al igual que mis hermanos obispos y sacerdotes. Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia.

LA MISERICORDIA, UNA RELACIÓN MUTUA

Queremos concluir como comenzamos, con la *relación entre simpatía y misericordia*. Dicho de otro modo, en punto a misericordia nadie da de lo que le sobra; por el contrario, solo *el que se sabe necesitado de misericordia puede darla genuinamente*, si hace con los demás, como nos pidió Jesús, lo que quisiera que hicieran con él. Y, más aún, tiene misericordia el que es consciente de recibirla continuamente de Papadios, ya que entonces da de lo que recibe.

Por eso la misericordia, si es genuina, es siempre una relación mutua. Así lo afirma provocativamente Juan Pablo II en su encíclica, *Dives in misericordia*. Dice: la misericordia no merece el nombre de cristiana, si el que la ejerce no experimenta recibirla de aquel a quien se la da. La relación, por ejemplo, con un enfermo pobre tiene que contener esta reciprocidad. Lo mismo si la tengo con un asaltador. Como se ve, se necesita la misma gratuidad de Dios. Que siempre es posible por el Espíritu que él nos da. Que así sea.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.